

sólo me quedan penas
sobre mi tierra cálida.
Qué puedo yo ofrecer
si yo no tengo nada,
si el corazón es viejo
y están rotas mis alas
y a nuestra Virgen tengo
entregada ya el alma.
Si sólo soy un pobre
barro que se levanta
y va cantando siempre
a la par que trabaja.
Lo sé, nada queréis...
Que sois palomas blancas
que con volar un rato,
en el azul, os basta.
Pues, bien, tengo la llave
dorada de la casa,
con media vuelta abro
la puerta a la esperanza
de cualquier vida joven
para pasión del alba.
¡Ya estáis en libertad!
Que Don Amor os llama.
A correr y que el cielo
os dé siempre en la cara
o a soñar ilusiones
en vuestras almohadas.
Creí que no tenía
para entregaros nada.
Y, veis, sólo un poeta
puede abrir vuestra jaula.

Jesús DELGADO VALHONDO



Las sepulturas eneolíticas de «EL TRASQUILON»

Por CARLOS CALLEJO SERRANO

DOCO a poco, el espeso velo de niebla que cubre la Prehistoria de Extremadura va levantándose o por lo menos aligerándose. Lentamente, porque lento es el ritmo de los hallazgos y descubrimientos en los cuales interviene como causa principal y aparte de un indudable factor humano de actividad, la diosa Casualidad. En el año 1951 se descubrió la caverna de Maltravieso a las mismas puertas de Cáceres, cuya importancia se ha subvalorado en nuestra opinión con injusticia y sobre la que estamos preparando un trabajo bastante extenso. Más tarde han aparecido dos importantes piedras sepulcrales de la Edad del Bronce, una en Torrejón el Rubio y otra en Ibahernando, que vienen a dar más luz, cada una por su estilo, a uno de los más oscuros periodos de la Prehistoria española. Finalmente, en la primavera del presente año aparecieron siete sepulturas a pocos kilómetros de Cáceres, que han sido exploradas por el que suscribe, exploración somera acaso y que apenas merece tal nombre porque no otra cosa daban de sí los hallazgos, o mejor dicho los restos del hallazgo que tuvimos ante la vista, pero que debe constar en algún sitio, porque, de confirmarse la hipótesis que en este breve trabajo vamos a pergeñar, tendríamos una interesante avanzada de las culturas puramente ibéricas en las submesetas centrales (1).

La atribución que hemos hecho de estas sepulturas al Eneolítico español, debe acogerse por el momento con reserva, pues los vestigios a estudiar son escasísimos y hay que moverse principalmente sobre conjeturas. Pero esto ya se sabe que es el pan nuestro de cada día en la prehistoria, ese hermoso e inquietante rompecabezas que, por difícil e incierto, precisamente resulta una de las más sugestivas investigaciones a que la mente humana puede dedicar sus desvelos. Antes de dar algunas razones de orden técnico que nos mueven a formular la aludida hipótesis, haremos la somera historia del hallazgo.

Fué en el mes de Marzo del corriente 1956, época lluviosa y fría

(1) En el semanario *Cáceres* dió una noticia del hallazgo, Fernando García Morales.

como pocas se recuerdan a esas alturas del año, cuando nos personamos, a pocos días de conocer su existencia, en el lugar donde aparecieron las ya mencionadas tumbas. Los descubridores fueron los obreros que trabajan en unas minas de estaño situadas en la finca llamada «El Trasquilón». Las sepulturas estaban enclavadas en el extremo occidental del terreno que explota la empresa concesionaria de las mismas, todo el cual está lleno de pozos y excavaciones. El suelo es blando y arenoso y está surcado en todas direcciones por filones de cuarzo, conteniendo ambligonita y casiterita que son los minerales que benefician la mina. Los enterramientos estaban justamente tocando en la cerca que sirve de límite a esta propiedad con la contigua. Todas las facilidades que nos dió la gerencia de la empresa minera para nuestra exploración se trocaron en dificultades apenas traspusimos en unos pasos esta linde.

A nuestra llegada sólo existían tres sepulturas vacías y descubiertas y se veían vestigios de las demás, ya soterradas. Como es regla general en estos casos, las primeras personas que descubrieron las tumbas, desbarataron o destruyeron en la mayor parte su contenido. Las lluvias, continuadas y fuertes terminaron la tarea. Los restos humanos, cuyo estado de conservación era ya sumamente deleznable desaparecieron casi por completo salvo unos poquísimos fragmentos que luego relacionaremos y que obran en el Museo de Cáceres.

Las tres sepulturas, halladas en relativo buen estado, eran del mismo tipo: fosas formadas por cinco o seis lascas de pizarra implantadas verticalmente y con cierto esmero, de modo que pudieran contener un cuerpo humano. Todo ello estaba cubierto por otras losas de pizarra haciendo el papel de lápida. De estas losas horizontales sólo quedaban a la sazón las que cubrieran la parte capital de las tumbas. La profundidad era escasa, de 50 a 70 centímetros bajo el nivel actual del terreno. La amplitud media de las fosas era de 60 centímetros y su longitud para nosotros desconocida, pues ninguna de ellas conservaba intacta la parte de los pies.

Numerando de Sur a Norte las tres sepulturas, sólo una de ellas, la segunda, contenía todavía restos humanos en forma de dos calvarias, o mejor, bóvedas craneanas, una de ellas muy incompleta y despedazada. De la diseminación o destrucción de los esqueletos únicamente se salvaron, aparte de éstos, unos pocos fragmentos de huesos largos y algunas piezas dentarias sueltas.

Interrogados los obreros y encargados manifestaron que al abrir las sepulturas, se hallaron dos esqueletos en las tumbas números 2 y 3 de la numeración que he citado y uno en las demás. En la tercera uno de los dos esqueletos era infantil, lo que hace suponer que se tratase de los restos de una madre con su hijo. La número 2 parece haber contenido un matrimonio, pero no existe seguridad por no poderse discernir el sexo de los escasos fragmentos de cráneos encontrados.

También en las tumbas 2 y 3 se encontraron, como únicos restos de piezas mobiliarias sendos vasos pequeños de cerámica; por lo

menos eso fué lo que pudo recoger el propietario y gerente de la mina, señor Asensio, tan pronto llegó a su conocimiento el hallazgo. Según los testigos presenciales, ni en esas tumbas ni en las demás, se encontró ningún otro material.

Ya se comprende que la única manera de saber a qué atenernos con respecto a estos enterramientos era encontrar uno intacto y explorarlo directamente. Por desgracia la suerte no favoreció nuestros sondeos en terrenos próximos donde parecía natural que se prolongara la pequeña necrópolis y a su vista hubimos de suspender la exploración.

Los objetos que, en cuentas resumidas, han arrojado estos descubrimientos son una bóveda craneana incompleta, tres fragmentos de femures, cuatro medios maxilares inferiores muy deteriorados conteniendo algunos molares y catorce piezas dentarias infantiles, por lo que respecta a restos humanos. Ya se ve que no es posible ni iniciar un estudio antropológico con tan escasos materiales.

Más importantes y explícitas son las dos muestras de cerámica recogidas, una de las cuales ha sido donada al Museo de Cáceres, donde se conserva. Las dos ofrecen las mismas características: son vasijas sin decoración alguna, formadas de barro negro muy fino y según todas las apariencias, trabajado a mano. El tamaño de las dos es pequeño. La más completa que es la del Museo mide 117 milímetros de altura y 115 de diámetro externo en máxima convexidad. La otra, a la que falta el borde superior, conserva 116 milímetros de altura y su máxima dimensión en plano horizontal son 135 milímetros. El espesor es en ambas de unos 9 milímetros.

Más arriba hemos dicho que de confirmarse la atribución que hacemos a estas sepulturas, nos encontraríamos con una estación exclusivamente ibérica en la meseta extremeña. Conviene recordar que la palabra *ibero*—dejando a un lado acepciones metafóricas—tiene actualmente dos sentidos. El uno es protohistórico y puramente cultural. El otro es prehistórico y esencialmente etnológico. Actualmente apasiona a los técnicos el problema de la historia del primer milenio anticristiano de la península ibérica. La teoría *celtista*, puesta recientemente de moda y defendida con calor por algunos de nuestros más ilustres arqueólogos, opina que nuestra patria estaba poblada al llegar los mensajeros de las culturas de Oriente casi exclusivamente por pueblos celtas, siendo las denominaciones *celtíberos* e *iberos* entelequias puestas en circulación por los romanos. La teoría tradicional, que por cierto parece más en consonancia con la crítica histórica y sobre todo, con la etnogenia de nuestro pueblo, continúa defendiendo que la colonización celta se limitó a algunas zonas de la península. Por las demás, los celtas pasaron como relámpagos, como más tarde hicieron sus parientes los germanos, dejando no obstante vestigios de su paso y en todos sitios terminaron fundiéndose, a mayor o menor riqueza de mezcla, con la población aborígen, dando lugar a nuestras razas actuales.

Tanto los que se adscriben a una como a la otra teoría, admiten que al llegar a nuestra península los romanos encontraron en ella una cultura bastante avanzada, de origen indígena, con fuertes influencias griegas y púnicas. Esta cultura se llama por todos *ibérica*, aunque algunos opinen que era solamente celta y se remonta únicamente al siglo III antes de Cristo.

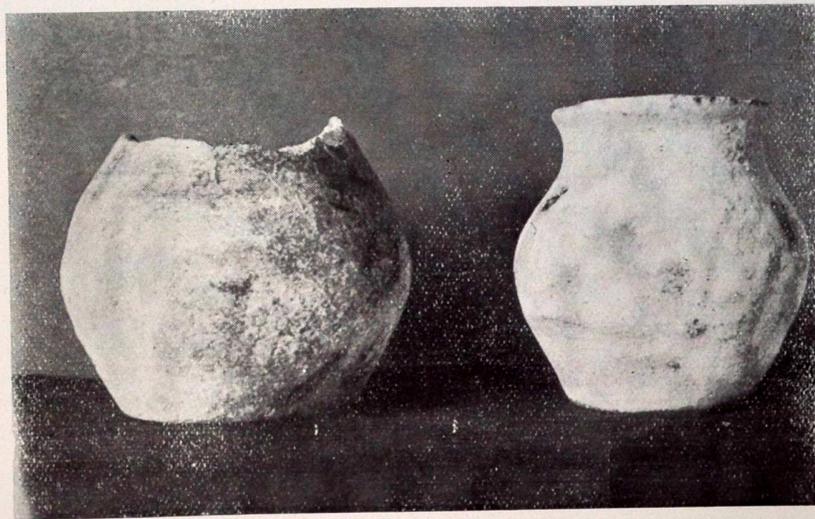
Lo corriente sin embargo es llamar y seguir llamando iberos a los primeros pobladores de nuestra península (dejando aparte el paleolítico) de origen africano y de raza camita, quienes, mezclados con aportaciones prearias, venidas de Europa (ligures o pirenaicos) ocupaban totalmente España antes de que vinieran los celtas.

En tal sentido, los autores distinguen dos y a veces tres oleadas o invasiones ibéricas. A nuestro juicio debería darse ya este carácter a la primera de ellas, todavía en el Mesolítico, que dió lugar al periodo que se llama del Arte Levantino. Estos pueblos, que Camón Aznar en un afortunado aprovechamiento toponímico llama *Mastienos*, son evidentemente camitas o mediterráneos, de la misma raza que sus contemporáneos los egeos y los egipcios predinásticos, con cuyas floraciones artísticas tiene una evidente concomitancia todo el Arte Levantino.

La segunda y tercera invasión ibérica son las que arqueológicamente se llaman almeriense y argárica (esta última podría ser un simple recrudescimiento de la primera y sin nueva aportación humana, según Almagro). A estos pueblos debería atribuirse la cultura del Vaso Campaniforme, así como el Arte megalítico se formaría de la fusión de aquéllos con los de procedencia europea que indudablemente entraron en la mezcla de nuestras razas antes que los celtas. Precisamente a una de estas culturas ibéricas querríamos atribuir nosotros las sepulturas de «El Trasquilón». Parece deducirse así especialmente de la cerámica que es fina, de pequeño tamaño, de barro negro y carente de decoración, es decir, de características almerienses y argáricas muy acusadas. El hecho de tener los dos vasos el fondo plano quiere apuntar más hacia la primera de ellas, pues el fondo convexo parece más bien un refinamiento en los vasos argáricos de bellos perfiles. Otro dato de menos vigor por más general, es el tipo de sepultura en fosa superficial. No obstante, se han hallado principalmente en Cataluña muchas sepulturas semejantes a éstas y con cerámica análoga, de la época almeriense. También es muy significativo el enterramiento doble (matrimonio, madre e hijo) tan propio de estos pueblos mediterráneos. En cuanto a la forma de presentarse los cadáveres, como no hemos podido ver ninguna sepultura intacta, no sabemos si estaban extendidos o en cuclillas, como es corriente en las sepulturas de esta clase, sin que podamos inferir este dato de la forma de las fosas, pues todas estaban destruidas por la parte de los pies. Por todo ello estas tumbas de «El Trasquilón» podrían fijarse—dentro de lo convencional de este verbo en asuntos de Prehistoria—en una época de fines del Eneolítico y principios de la Edad del Bronce, o sea en las cercanías del año 2.000 antes de Cristo, con la particularidad en el último de los dos casos dichos de ser una es-



Vista parcial de las sepulturas de El Trasquilón tal como se hallaban al iniciarse su estudio



Vasos cerámicos hallados en los enterramientos número 2 y 3

tación de Bronce Mediterráneo en plena zona Atlántica. La absoluta penuria de vestigios, priva desde luego de toda seguridad a estas hipótesis.

El día que se hagan nuevos descubrimientos en esta comarca y si por un azar nosotros o alguien amante de estos bellos estudios tenemos la fortuna de explorar una tumba *intacta*, podrían encontrarse las respuestas a estos interrogantes o las confirmaciones a estos supuestos. Entretanto, habríamos de formular un llamamiento a todos los cacereños amantes de la cultura y de la historia de su patria chica, que es un trozo de la Historia de la grande, naturalmente, para que contribuyan al hallazgo de estos venerables vestigios que tanta falta nos hacen y sobre todo que impidan cuando se encuentren, su destrucción por gentes horras de bagaje cultural o peor aún, llenas de prejuicios sobre tesoros escondidos o temerosas de complicaciones judiciales tan pronto hallan un hueso humano. Sólo así podría seguirse ahondando en los problemas de la Prehistoria extremeña que, como la de cualquier otro país o comarca, es empresa mucho más colectiva que individual.

PENSAMIENTOS

La virtud del hombre no debe graduarse por sus esfuerzos, sino por su conducta ordinaria.

PASCAL

—o—

El hombre cree con facilidad lo que teme o lo que desea.

BACÓN

—o—

El tedio es la enfermedad de los corazones sin sentimientos y de las almas pobres.

CARLYLE

—o—

«El sol y la muerte no se pueden mirar fijamente». Pero si el Sol puede mirarse a través de un vidrio ahumado, la muerte puede mirarse sin parpadear, a través de la idea de Dios.

P. REVERDY

—o—

La mujer es como la mochila en el combate. Sin ella, se lucha con desembarazo, pero ¿y al acabar?

RAMÓN Y CAJAL